

¡Escucha! (1/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Proverbios 1.1-4, 7-8, 10, 20-22, 32-33
7 de junio de 2019

¡Escucha! (1 de 13)

Texto bíblica: Proverbios 1.1-4, 7-8, 10, 20-22, 32-33

Introducción:

Hoy empezamos una serie de todo un semestre sobre la sabiduría. Es un tema que aparece repetidamente en la Biblia, pero que rara vez estudiamos. En la primera unidad, que ocupará todo el mes de junio, centraremos nuestra atención sobre la sabiduría en el libro de Proverbios. Después, en la segunda unidad, que durante el mes de Julio, estudiaremos el tema de la sabiduría principalmente en los Evangelios. Por último, durante el mes de agosto nos dedicaremos al estudio de un libro que trata mucho de la sabiduría, pero que muchos desconocemos, la Epístola de Santiago. Este triple estudio del tema de la sabiduría nos ayudará a ver cuán importante es dentro de todo el mensaje bíblico, y cómo se relaciona con la persona de Jesucristo y con nuestra fidelidad a él mediante la obra del Espíritu Santo.

Si nos preguntamos qué queremos decir al afirmar que alguien es «sabio», encontraremos muchas respuestas diferentes. Eso se nota si tratamos de dar un ejemplo de una persona sabia. Unos dirán que el prototipo del sabio es Albert Einstein – un hombre de insólita capacidad intelectual quien nos hizo ver el mundo de una manera diferente. Otros mencionarán a la Madre Teresa, cuya dedicación al servicio de los pobres sirvió de ejemplo e inspiración para muchos. Otros sugerirán el nombre de Martin Luther King Jr., quien desafió los prejuicios y las

injusticias de su tiempo y con ello logró cambiar la sociedad norteamericana. Otra persona ofrecerá como ejemplo a su abuelita, que le enseñó mucho de la vida y sus alegrías y dolores, certezas y ambigüedades. Todos esos ejemplos nos recuerdan cuán amplia es la noción misma de sabiduría, que puede abarcar a personas muy diferentes. Y lo más interesante es que, según veremos, lo que la Biblia dice acerca de la sabiduría es eso y mucho más.

Vocabulario bíblico:

En el pasaje impreso no hay palabras difíciles. Pero con palabras sencillas se pueden decir cosas muy profundas. Posiblemente las principales palabras clave sean las siguientes:

PROVERBIO: Un dicho breve pero de profundo significado, resumen de una verdad.

SABIDURÍA: No es mero conocimiento ni saber mucho. Es más bien saber cómo – saber cómo vivir completa y correctamente.

NECEDAD: Rechazo de la sabiduría. No es mera ignorancia ni error, sino también y sobre todo empecinamiento en no aceptar y practicar la sabiduría.

TEMOR DE DIOS: No es miedo, sino un amor respetuoso, como el de un hijo hacia un padre o una madre.

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Introducir todo el semestre mostrando su tema común

2. Introducir el libro de Proverbios
3. Profundizar lo que entendemos por sabiduría

Inicio

1. Pídale a la clase que mencione nombres de personas sabias
2. Pregunte por qué las consideramos sabias. Apunte esos nombres en un papelón o en una pizarra.

Desarrollo

1. Invite a la clase a leer el pasaje bíblico, haciendo una lista de sinónimos que el pasaje emplea para cada una de las siguientes palabras (y vaya haciendo una lista de los sinónimos que la clase vaya encontrando):
 - a. Sabiduría (por ejemplo, doctrina, instrucción, prudencia)
 - b. Ignorante (por ejemplo, ingenuo, insensato)
2. Pídale a la clase que piense en otros posibles sinónimos, y añádalos a la lista que va haciendo.
3. Guíe una discusión acerca de lo que cada uno de esos sinónimos nos lleva a pensar, y lo que cada uno de ellos le añade a nuestro entendimiento de la sabiduría y de la necedad. (Por ejemplo, la sagacidad no es lo mismo que la inteligencia ni que la cordura o la prudencia.)
4. Invite a la clase a mencionar muy brevemente algunos pasajes bíblicos que hablen también sobre la sabiduría y la necedad. (Por ejemplo, el contraste entre quien construyó su casa sobre la arena y quien la construyó sobre la roca; o el caso del necio

que pensó que construyendo graneros más grandes aseguraba su futuro, sin saber que el futuro no estaba en sus manos.)

En el desarrollo de la lección, vaya planteando preguntas e invitando a la clase a responder (si es posible, sobre la base del texto bíblico):

1. ¿Cuál es el propósito del libro? (Piense en las veces que aparece en el texto la palabra «para».)
2. ¿Será el conocimiento lo mismo que la sabiduría?
3. ¿Qué nos dice el texto sobre quienes confían en su prosperidad? ¿Qué nos dice esto a nosotros y nosotras hoy?
4. ¿Será verdad que la persona sabia vive confiadamente, tranquila y sin temor al mal? ¿Querrá decir que nada malo le acontece a esa persona? Sabemos por muchas experiencias que no es así. (Hasta el mismo Jesús fue crucificado.)

Cierre

1. Resuma la discusión.
2. Vuelva sobre los nombres de personas sabias que la clase sugirió al principio de la sesión, y discuta con la clase en qué modos esas personas son ejemplo o no de la sabiduría a que se refiere Proverbios aquí.
3. Invite a la clase, durante la semana que viene, a tomar nota de acciones (suyas o de otras personas) que son muestra de sabiduría o de falta de ella.
4. Antes de cerrar con la oración sugerida, léala en voz alta y discuta lo que quiere decir, y cómo sabremos que el Señor ha respondido a nuestra oración.

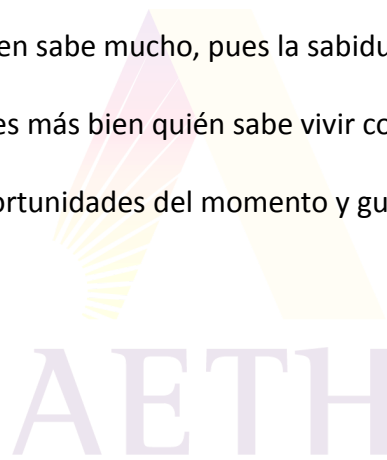
Análisis de la Escritura:

vv 1.1: «Proverbios de Salomón»: La primera línea del libro, que le sirve de título, merece atención especial. La palabra «proverbio», traducción del hebreo mashal, puede referirse a diversas formas literarias. Al tiempo que por lo general se trata de dichos breves, en el fondo el énfasis no está en la forma misma, sino más bien en la sabiduría que se incluye en breves palabras. Además de «proverbios», podríamos traducirla como «dichos», «refranes» o «máximas».

En segundo lugar, no debemos entender el título en el sentido de que todo cuanto en este libro se dice proceda de Salomón. El texto mismo del libro afirma que algunos de los proverbios proceden de otras fuentes. En Proverbios 30.1, lo que sigue se le atribuye a Agur. Y en 31.1 se dice lo mismo respecto a Lemuel. En 25.1 algunos proverbios se atribuyen a «los hombres del rey Ezequías». Pero, en 1 Reyes 4.29-34 se habla de la gran sabiduría de Salomón, quien «compuso tres mil proverbios». Por eso, un «proverbio de Salomón» no era necesariamente obra de él, sino más bien un dicho que reflejaba una sabiduría semejante a la de Salomón. Para entender esto podemos tomar un ejemplo de la historia de nuestra propia literatura. Entre los grandes personajes del siglo de oro de esa literatura hubo un poeta, Francisco de Quevedo, que se hizo famoso por su buen humor y sus juegos de palabras. Su fama fue tal que hasta el día de hoy circulan dichos y anécdotas que comúnmente se llaman «cuentos de Quevedo». Al darles ese título, no se pretende que su autor fuera Quevedo mismo, sino que siguen el patrón o el ejemplo de lo que Quevedo escribió y dijo. De igual modo, la fama de la sabiduría de

Salomón y de su expresión en proverbios fue tal que se dio en llamar a cualquier dicho de esa clase «proverbio de Salomón», con lo cual no se quería decir que él los hubiera creado, sino más bien que eran dichos al estilo de Salomón.

vv. 1.2-4: El libro todo empieza con una serie de versículos que indican su propósito, pues empiezan con la palabra «para». Luego, se trata de una introducción que nos explica el propósito del libro –propósito que en cierto modo se resume en «para conocer sabiduría». Aquí conviene detenernos para explicar algo de lo que es esta «sabiduría». Según la Biblia ve las cosas, la persona sabia no es quien sabe mucho, pues la sabiduría no es cuestión de mero conocimiento. La persona sabia es más bien quién sabe vivir como es debido, responder adecuadamente a los retos y oportunidades del momento y guiar a otras personas por el mismo camino.



Naturalmente, para hacer tal cosa es necesario entender las circunstancias en que uno se encuentra, y por tanto la sabiduría incluye conocimiento. Pero ese conocimiento de la realidad no es más que un elemento de la sabiduría.

Nótese también que los verbos en los versículos 3 y 4 involucran dos dimensiones de la sabiduría. En el versículo 3 el propósito del libro es «adquirir», mientras que en el 4 su propósito

es «dar». La persona verdaderamente sabia no solo adquiere sabiduría, sino que también la transmite a otros. La sabiduría no es cuestión privada, sino que más bien va pasando de una generación a otra, de una persona a otra. En otras palabras, tiene dimensiones de tradición. La recibimos de otras personas y a nuestra vez la enseñamos o traspasamos a otros. Lo que es más, si leemos los versículos 3 y 4 como una secuencia, vemos que el 3 se refiere al sabio que adquiere más sabiduría, y el 4 quiere decir entonces que parte del propósito de esa adquisición es «dar sagacidad a los ingenuos, y a los jóvenes conocimiento y cordura». Lo mismo se refleja más adelante en los versículos 8 y 10, donde el autor se refiere a quien le lee como «hijo mío».

v. 1.7: «El principio del conocimiento»: La antigua traducción, «sabiduría», es mejor, pues la sabiduría es más que el conocimiento. Este versículo deja bien claro que la sabiduría no es ante todo cuestión de saber. El fundamento de la sabiduría a que Proverbios se refiere no es la observación, ni tampoco la experiencia. Aunque la observación y la experiencia son necesarias para practicar la sabiduría, lo primerísimo en la verdadera sabiduría es «el temor del Señor». (Y aquí es importante señalar que tal temor no es cuestión de miedo, sino que es más bien cuestión de respeto. Temer a Dios no es vivir en la constante angustia de que Dios pueda castigarnos, sino que es más bien vivir aun en medio de las dificultades confiando en el poder y el amor de Dios. Es por eso que la Biblia afirma la felicidad de quienes verdaderamente temen a Dios.)

v. 1.20: «La sabiduría llama en las calles . . .»: Aquí empieza lo que algunos han llamado «el

pregón de la sabiduría». La sabiduría se personifica como una profetisa que anda por las calles y las plazas hablando en nombre de Dios y llamando a los insensatos a la justicia y a practicar la sabiduría. Como los profetas de Israel, la sabiduría anuncia la voluntad de Dios y llama a los pecadores al arrepentimiento. Este anuncio tiene lugar tanto en las calles y las plazas como en las puertas de la ciudad y en los principales lugares de reunión. Es decir, es posible escucharle en la vida común. No hay que ir a buscarle a lugares recónditos. Pero por esa misma razón quien se desentiende de la sabiduría es doblemente necio. No solamente no la buscó, sino que tampoco la escuchó cuando se le anunció abiertamente. Tal persona jamás podrá excusarse diciendo que no se le advirtió, o que no tuvo oportunidad de escuchar. No escuchó porque no quiso, y por tanto al día final se le hallara culpable.

vv. 1.32-33: Aquí termina el pregón de la sabiduría. Tras llamar a los necios a la cordura y a los desviados al camino recto, la sabiduría anuncia la consecuencia final de la respuesta de cada cual. Los ignorantes serán destruidos por su propia necedad, y quienes confían en su propia prosperidad serán deshechos. En cambio, quien sigue el camino de la sabiduría vivirá confiadamente, tranquilo porque no le teme al mal. Es importante notar que estos dos versículos, al tiempo que se refieren al destino final de unos y otros, se refieren también a las consecuencias más inmediatas de estas actitudes. Quien confía en su propia falsa sabiduría o en su propia prosperidad no podrá tener jamás la paz y confianza de quien sigue el camino de la sabiduría. Quizá esto no se vea de inmediato, y nos inclinemos a admirar la prosperidad de algunos. Pero esa misma admiración hace que nos contemos entre los necios.

Aplicación:

El carácter de la sabiduría de que hemos venido hablando nos obliga a pensar en su aplicación.

Si la sabiduría no es cuestión de saber mucho, sino más bien de saber vivir, esto quiere decir que no podemos descansar en el mero conocimiento.

En los días en que vivimos esto tiene particular importancia, porque la humanidad está experimentando una explosión en el conocimiento. Lo que antes no era posible saber sino tras larga investigación, hoy sencillamente se lo preguntamos a «Google» y ya tenemos la respuesta. ¿Quiere usted saber cuánto es la raíz cuadrada de 11,578? Pregúnteselo a Google. ¿Quiere usted saber cómo se llama la capital de Burkina Faso? Pregúnteselo a Google.

Aunque esto facilita la vida y nos ofrece información valiosa, también lleva a la falsa idea de que ya no es necesario saber, sino que basta con Google y otros recursos parecidos. Ya no tenemos que aprender tantas cosas de memoria, ni tenemos que saber cómo calcular una raíz cuadrada. Todo esto nos puede llevar a confundir el conocimiento con una falsa sabiduría. En realidad, para ser sabio al estilo de Proverbios no basta con tener un teléfono inteligente que pueda responder a cualquier pregunta. Para ser sabio hay que saber qué preguntas hacer, y sobre todo cómo aplicar las respuestas que encontremos. Sabio no es quien sabe cuántos niños pasan hambre en Puerto Rico, sino quien sabe cómo responder a esa información. Sabio no es quien utiliza los conocimientos que puede descubrir en los medios cibernéticos para enriquecerse cada vez más, sino quien sabe emplear sus riquezas para responder a las necesidades de los

demás. Una vez más, el principio de la sabiduría es el temor del Señor.

Por otra parte, también tomando en consideración la presente explosión informativa, tenemos que recordar que la verdadera sabiduría es cuestión que se aprende de otros y se trasmite a otros. En el pasaje que estamos estudiando, la sabiduría incluye la instrucción del padre y la enseñanza de la madre. Quien es verdaderamente sabio sabe que todos sus conocimientos son resultado de una larga secuencia de padres y madres, de abuelas y abuelos, de maestros y discípulos. En el campo de la fe, esto quiere decir que, en medio del individualismo reinante, en el cual parece que cada cual puede construirse su propia religión, la fe que profesamos nos ha llegado a través de una línea de creyentes, madres y padres, abuelos y abuelas, que nos la han transmitido. No es cuestión de que yo reciba privadamente una inspiración del Espíritu, o que haga un gran descubrimiento acerca del significado de la fe. Es cuestión de ser parte de esta larga cadena de a través de la cual nos ha llegado el testimonio de los apóstoles. Ciertamente, dentro de esa cadena el Espíritu nos inspira, y necesitamos de él. Pero cuidemos de nunca colocar nuestras propias experiencias personales por encima de esta gran nube de testigos, tanto pasados como presentes, que nos rodea.

El pregón de la sabiduría es también pertinente para hoy por otra razón. Hoy hay quien confunde el evangelio y la fe con un modo de alcanzar prosperidad económica. Esto se ve claramente en el llamado «evangelio de la prosperidad», que pretende que quien es fiel recibirá «bendiciones» – es decir, riquezas y prosperidad. Es un evangelio que pretende que quien es fiel

nunca sufrirá. Tanto es así, que hay hasta una gran iglesia cuyo lema y promesa es «para de sufrir». Esto deja a un lado el sufrimiento de Jesús, quien sufrió precisamente por ser fiel; o de los apóstoles, que sufrieron en reflejo de los sufrimientos de Cristo. El error que hay en tales ideas debe estar claro para cualquier persona que estudie la Biblia.

Pero el error va mucho más lejos y es mucho más insidioso. Frecuentemente, aun cuando rechazamos el evangelio de la prosperidad, tenemos la tendencia a admirar a quienes prosperan, como si esa prosperidad fuera señal de su fidelidad a Dios o de su propia valía humana. Admiramos al gran magnate de los programas cibernéticos porque tiene mucho dinero, cuando deberíamos admirarle por lo que hace por los necesitados. Nos entusiasma el éxito de un deportista que firma un contrato por millones de dólares. Si se declara creyente lo traemos a la iglesia como un gran testimonio del poder del evangelio, sin preguntarnos cómo está empleando sus millones —en una palabra, sin preguntarnos si está siendo verdaderamente sabio, y si su vida y su testimonio son anuncio y reflejo de la verdadera sabiduría. Admiramos al pastor que tiene una iglesia con millares de miembros, sin preguntarnos si les atrae porque predica bien, porque el culto parece un programa de televisión profesionalmente diseñado, o porque les anuncia y les reclama la verdadera sabiduría.

Frente a todo esto, Proverbios nos recuerda que «su descarrío matará a los ingenuos». La prosperidad no es mala. Pero si se le usa sin sabiduría fácilmente destruye a quien la posee. La sabiduría no está en saber cómo prosperar, sino más bien en saber cómo emplear lo que

tenemos. Una vez más, el principio de la sabiduría es el temor de Jehová.

Pero el pasaje bíblico no termina en esa nota de destrucción. Tras la amenaza de destrucción en el versículo 32 viene la promesa del 33. La sabiduría le promete a quien la escucha una vida confiada, tranquila, y sin temor del mal. Como creyentes, sabemos que esa es la vida que nos ha sido prometida en el día final. En eso nos regocijamos. Pero también podemos tomar ese último versículo de nuestro texto para hoy como una medida de nuestra propia sabiduría.

Cuando algo me angustia de una manera exagerada, cuando el temor al mal me impide vivir a plenitud, cuando me falta confianza en que todo está en manos de Dios, todo eso es señal de que todavía tengo mucho más que aprender en esta sabiduría que Proverbios nos presenta.

Y es aquí que la iglesia, la comunidad de fe, resulta tan importante. Si, como hemos visto, la sabiduría es algo que se aprende de otros, se practica entre otros y se pasa a otros, el lugar donde la encontramos y aprendemos es donde están esos otros y otras. Frecuentemente escuchamos a alguien decir «yo soy cristiano a mi manera, y no necesito la iglesia». Pero no. Al igual que es imposible ser cristiano o cristiana por nuestra cuenta, también es imposible ser sabio o sabia por nuestra cuenta.

Resumen:

Resumiendo la lección, podemos decir que la sabiduría de que trataremos durante este trimestre, y que esta sea entendida bíblicamente, no es el mero conocimiento, sino que es más

bien el saber vivir según los designios de Dios para nuestra vida y para la comunidad.

Tal sabiduría no se alcanza mediante el mucho estudio y la investigación – aunque sí hace uso de lo que aprendemos tales métodos – sino que se fundamenta en el «temor del Señor».

Aunque tenemos que procurar adquirir esa sabiduría constantemente, no se trata de una sabiduría individual, sino más bien de una sabiduría que aprendemos unos de otros. La aprendemos a través de las generaciones, recibiendo lo que hemos recibido de quienes nos precedieron. Y también tenemos la responsabilidad de pasársela a otras generaciones que nos sucederán. Además la aprendemos en medio de la comunidad de fe, la iglesia, ayudándonos mutuamente a seguir el camino de la vida sabia.

Finalmente, la verdadera sabiduría trastrueca los valores del mundo. La mejor vida no es la que goza de más privilegios o bienes, sino más bien la de quien, impulsado o impulsada por el temor a Dios, goza de una paz y tranquilidad que de otro modo jamás se alcanzarán.

Oración:

Ayúdanos, Señor, de tal manera a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría. Te rogamos que hagas desaparecer nuestra falsa sabiduría y que en lugar de ella coloques la tuya. Ayúdanos a aprender de ti así como también de las otras personas y de la iglesia que has puesto en nuestro camino. Y mediante esa sabiduría que es señal de tu presencia danos la paz y seguridad que solamente tú puedes dar. Amén.

Lecturas para la semana:

Lunes: Gálatas 6.1-10

Martes: Romanos 15.1-6

Miércoles: 2 Juan 4-11

Jueves: Génesis 39.6b-18

Viernes: Proverbios 2.12-19

Sábado: Proverbios 22.20-22; 4.24-27

Domingo: Proverbios 2.1-11

